

# El socialismo: ¿desmentido o traicionado?

Rodolfo García Zamora\*

**L**os acontecimientos de los países de Europa del Este de los últimos meses de 1989, resultaron tan trascendentales que no es exagerado expresar que fueron diez meses que estremecieron al mundo comunista, no sólo en Europa del Este, sino también en los partidos y corrientes de izquierda en Occidente, a tal grado que obligan a una revisión crítica profunda no sólo de los hechos recientes, sino también y de especial manera, de los principios formulados por los fundadores del socialismo. El presente escrito pretende esclarecer cómo ya en los principios de los llamados “padres” del *socialismo científico* se encontraba el germen burocrático-autoritario, que finalmente devino en las burocracias dictatoriales de los países del Este. El fracaso del *socialismo real* representa la muerte del marxismo como ideología de Estado, pero simultáneamente plantea la urgencia de recuperar su aspecto científico social como uno de los principales paradigmas analíticos del mundo contemporáneo.

## Las desilusiones del marxismo real

Para el historiador soviético Yuri Afanasiev, “es imposible ignorar la historia, porque nuestro experimento social pronto demostró la incapacidad de sobrevivien-

---

\* Profesor en la Escuela de Economía de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

cia de esta utopía. El intento de hacerla realidad fue trágico. Desde el principio, el poderío soviético se tuvo que imponer con el terrorismo y la violencia. Estoy convencido de que el comunismo, con su negación de la propiedad privada y la obligación de socializar la producción, ha llegado a su fin".<sup>1</sup>

A pregunta expresa que le fue formulada en el Congreso Soviético, en el sentido de si definía al comunismo como una "idea caduca", de la que la URSS debía liberarse, Yuri Afanasiev responde que se trata de una idea que termina en un callejón sin salida. Esto lo confirman no sólo las experiencias de la URSS, sino también las de los demás países que hasta hace poco se llamaban partidarios del socialismo.

Las causas de la imprevista pérdida de credibilidad del marxismo en Occidente residen todas, o casi todas, según Luciano Pellicani,<sup>2</sup> en lo que ha sucedido en los países llamados del *socialismo real*. El marxismo ha ejercido un gran atractivo no sólo por su formidable aparato conceptual, sino también y, sobre todo, gracias a sus espectaculares acontecimientos políticos. Él ha tenido desde 1917 algo que las otras ideologías socialistas no han tenido nunca: una historia real, o más exactamente, una serie de experimentos político-económicos de dimensiones macroscópicas. A partir de 1917, el movimiento contestatario del orden existente devino en Estado, en países poblados por millones de hombres, realizando grandes transformaciones sociales. Y si existe, nada ha funcionado mejor que ese proceso, que está en condiciones de eliminar toda incoherencia y toda disonancia cognoscitiva; él se autoalimenta y nace a los ojos de quien se identifica con la empresa y los vicios de la misma. Parafraseando un dicho de Avicena, un grano de resultados prácticos pesa más que una montaña de objeciones teóricas. Y de resultados

prácticos el marxismo, en el curso del siglo XX, ha tenido bastantes. Sólo el islamismo puede competir en triunfos políticos semejantes a los del marxismo. Ciertamente, tales acontecimientos no constituyen la prueba de la veracidad del Corán. Pero, para los marxistas que creen en la unidad de teoría y práctica, las victorias políticas siempre han representado la confirmación de la validez del mensaje de Marx y Engels.

Se entiende bien, ahora, por qué regularmente las crisis teóricas del marxismo han coincidido con sus crisis prácticas. Si el marxismo, como movimiento político avanza, todo a los ojos de los creyentes confirma las profecías y los teólogos multiplican su energía para producir argumentos racionales para sostener la fe. Pero, apenas no funciona algo bien en la práctica, surgen las dudas, y con las dudas desaparece el encanto y los custodios de la ortodoxia comienzan a vacilar y luego se produce la fuga del círculo mágico de la ideología.

El ejemplo más representativo, además de dramático, de la pérdida de la fe en el *socialismo científico* es el ofrecido por Louis Althusser. Empeñado por dos décadas en proporcionar a los redimidos las pruebas racionales de la fe, en un determinado momento, Althusser, frente a la repetida y dolorosa réplica de la historia, ha abierto los ojos y ha visto aquello que siempre se había negado a ver: el divorcio abismal entre las promesas de la ideología y las realizaciones históricas concretas. En 1977, Althusser declaraba que existía "casi la imposibilidad de ofrecer una explicación marxista verdaderamente satisfactoria de una historia que se ha hecho en nombre del marxismo".<sup>3</sup> Al año siguiente, en su artículo *El marxismo hoy*, escribía: "Nosotros vivimos bajo la fe de la crisis y esto obliga a preguntar

a quien sea capaz de disipar todas las ilusiones, para empujar a los espíritus a afrontar la impetuosa prueba de la realidad”.<sup>4</sup> Y proseguía:

Vi en Marx el tema de la inversión (feuerbachiana) de la filosofía burguesa y el de volver a poner en pie la dialéctica hegeliana. Vi también en su obra, siempre más en forma crítica, pero siempre presente en filigrana, la idea de una filosofía de la historia, de un sentido de la historia encarnado en la sucesión de épocas progresivas de modos de producción determinados que conducirían a la transparencia del comunismo. Se encuentran en Marx estas representaciones idealistas del reino de la libertad, que sucederían al reino de la necesidad, el mito de una comunidad donde el libre desarrollo de los individuos toma el lugar de las relaciones sociales, convertidas en superfluas al igual que el Estado y las relaciones de mercado.<sup>5</sup>

Sin embargo, ello ha permanecido confuso para sus sucesores, “no hacen otra cosa que repetir, es decir, interpretar, comentar a Marx, se encuentran inmersos como ciegos en la oscuridad de la noche: oscuridad del Estado, oscuridad del partido, oscuridad de la política”.<sup>6</sup> Lo que se explica —siempre según Althusser— porque “el marxismo en su esencia, desde el punto de vista teórico, ha permanecido fiel a Marx”.<sup>7</sup> Por otro lado, “a causa de una prodigiosa paradoja de la historia, Marx no llegó a pensar que también su pensamiento sería deformado y puesto al servicio del poder absoluto de las ideas y de la política”.<sup>8</sup> Sin embargo, al final, los vicios esmeradamente generados por los seguidores de Marx han salido a la luz y “han hecho explotar en toda su evidencia la crisis general del marxismo, en sus



contradicciones, en sus dificultades y en sus dramas; es una crisis ideológica, política, teórica".<sup>9</sup> Entonces, el marxismo teórico está en crisis —como se ha visto obligado a reconocer el más ingenioso y autorizado de los teólogos del *socialismo científico* en 1978—. Para Pellicani, tal crisis depende directamente de las consecuencias catastróficas, bajo todos los puntos de vista, surgidas de sus acontecimientos prácticos. No existe país donde el *socialismo científico* haya devenido Estado, en el cual el balance conjunto —económico, político, científico, moral— no sea negativo. Ello ha entrampado a cientos de millones de hombres en la filosofía obligatoria del Estado y en la "jaula de acero" de la burocracia carismática y, por lo mismo, se le ha privado de todo posible desarrollo democrático. Si una teoría —como sostiene el mismo marxismo— es juzgada con base en el criterio de la *praxis*, se debe forzosamente aceptar que el marxismo ha sido falsificado por la historia. La situación es, por tanto, paradójica: los acontecimientos que en un tiempo constituían la fuerza del marxismo se han convertido en su contrario —dado que los mismos teóricos del *socialismo científico* aceptan que los regímenes comunistas tienen una naturaleza totalitaria—. Así, hoy sólo existe una forma de salvar al marxismo: demostrar que no existe ningún vínculo entre el modelo teórico y el *modus operandi* concreto en los Estados leninistas. Dicho en forma más precisa, se puede salvar el marxismo teórico sólo a condición de demostrar que aquello que ha sido construido en su nombre es una deformación del mensaje original.

Pellicani<sup>10</sup> precisa que tal operación, cualesquiera que sea la probabilidad intelectual de que se cumpla, es gravemente incorrecta. Añade que se trata también de una operación insidiosa, porque ella, salvando

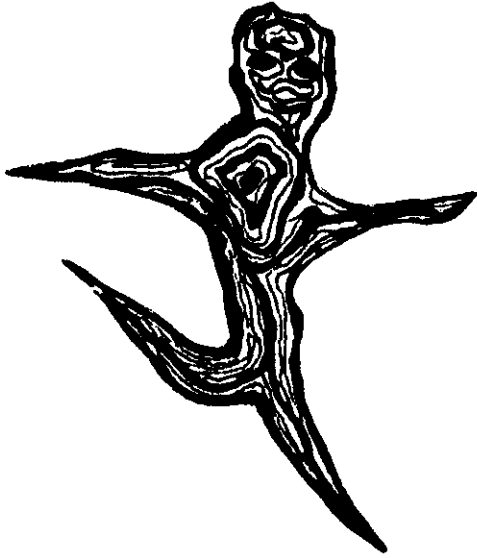
el núcleo central de la doctrina, alimenta la ilusión de que una vez que fuera correctamente descifrada y coherentemente aplicada, no produciría el *Gulag*, sino por el contrario, la promesa social sin clases y sin Estado.

Para aquellos que quieren inmunizar al marxismo del desmentido de la historia se equivocan, existe un método: reconstruir las líneas esenciales de su propuesta política haciendo hablar lo más posible a quienes la han elaborado. Si resulta que sobre las cuestiones esenciales Lenin y los leninistas han seguido el camino ideal trazado por los padres del *socialismo científico*, será inevitable concluir que el "gusano estaba en el fruto" y que quien continúe haciendo la apología de su doctrina se ilusiona, y lo que es más grave, con ello trabaja "objetivamente", independientemente de cuáles sean sus motivaciones, para empujar a la humanidad hacia la estructura burocrático-totalitaria de la sociedad cerrada.

### **El proletariado como categoría metafísica**

Para Pellicani, son tres los elementos centrales del sistema de dominio creado por Lenin:

- a) el Partido como "vanguardia consciente" de la clase obrera;
- b) la dictadura revolucionaria como poder no regulado por ninguna ley;
- c) la economía autoritaria, o más precisamente, la estatización integral de la sociedad a través de la planificación total. Que estos tres elementos se encuentran teorizados de manera clara e inequívoca en la obra de Marx y Engels es lo que se propone Pellicani demostrar.



Comencemos por el primero. Rosa Luxemburgo, Plejanov, Trotski y Martov vieron en el “sustituisimo”, teorizado por Lenin en *¿Qué hacer?* —el partido de los revolucionarios profesionales que se autoelige en el único intérprete autorizado de los “intereses reales” del proletariado—, una deformación en sentido jacobino del proyecto de Marx y Engels.<sup>11</sup>

Lenin, incluso, tenía argumentos doctrinarios sólidos para considerar ortodoxas sus ideas sobre el papel carismático del Partido. El proletariado de Marx es una categoría metafísica construida en el laboratorio dialéctico: existe el sujeto colectivo que encarna hegelianamente lo universal en sí y para sí. A este sujeto colectivo, en efecto, se le ha asignado

una misión cuyo significado histórico-universal es transparente sólo para quien asume el punto de vista dialéctico de la Totalidad: poner en pie el mundo invertido y extirpar las raíces de la alienación. Pero dado que se trata de una construcción dialéctica, no existe correspondencia alguna entre ella y el proletariado empírico. Los obreros concretos no son nada conscientes de la misión salvadora que la historia le ha asignado a su clase. Conscientes, por lo tanto, de que sólo ellos son quienes han comprendido, gracias a la ciencia dialéctico-revolucionaria, que “el comunismo ha resuelto el enigma de la historia”.<sup>12</sup> Por lo tanto, a los filósofos dialécticos que han descifrado el sentido de la dramática odisea de la humanidad, espera la tarea de guiar autocriticamente a los trabajadores hacia “el milenarismo Reino de la Libertad”.<sup>13</sup>

Por lo anterior es que Marx y Engels llegan a escribir que “lo que cuenta no es éste o aquel proletario, o si todo el proletariado se representa temporalmente como fin. Aquello que cuenta es qué cosa es y qué cosa estará obligado a realizar de conformidad con su ser. Su fin y acción históricos están indicados, de manera irreversible, en la situación de su vida y en toda la organización de la sociedad civil moderna”.<sup>14</sup> Es entonces la ciencia dialéctica —autoconciencia de la Totalidad en marcha hacia su destino natural— la que aporta el conocimiento de la esencia del proletariado y de su misión universal. Por esto es que Marx y Engels pueden escribir que los comunistas “desde el punto de vista de la teoría tienen la ventaja sobre el resto de la masa del proletariado por el hecho de que conocen las condiciones, el funcionamiento y los resultados finales del movimiento proletario”; ellos, por tanto, “representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto”.<sup>15</sup>

### La falsa y la verdadera conciencia

A lo anterior se agrega, según el materialismo histórico, uno de los efectos adversos de la propiedad privada que es la “falsa conciencia” que impide a los explotados percibir las vías de la liberación: “Hasta ahora...”, se expresa en el prefacio de *La ideología alemana*.

...los hombres siempre se han hecho ideas falsas en torno a sí mismos, en torno a lo que ellos son o deben ser. Con base en sus ideas de Dios, del hombre natural, etc., han regulado sus relaciones. Y partes de su cabeza han devenido más fuertes que ellos. Ellos, los creadores, se han inclinado de frente a sus criaturas. Liberémoslos de la quimera, de las ideas, de los dogmas, de los seres producidos por la imaginación, bajo cuyo yugo languidecen.<sup>16</sup>

En este fragmento se expresa con gran eficacia sintética, la misión que Marx y Engels intentan desarrollar: liberar a los hombres de la “falsa conciencia”, contraponiéndole a ella la “verdadera conciencia” producida por la convicción de haber resuelto, finalmente, el enigma de la historia. Por esto, ellos se consideraban los *detentadores de la verdad liberadora*, y en consecuencia, los únicos en condiciones de trazar el camino que debían seguir los explotados para acceder al reino de la libertad. No podía ser de otro modo. Ya que los obreros estaban afectados por una especie de carcinoma social, llamémosle así, que les impedía percibir la fuente de su alienación. Vivían en un “mundo embrujado, deformado e invertido”,<sup>17</sup> y todavía ello parecía natural a sus ojos; e igualmente naturales les parecían

las perversas instituciones —la propiedad privada, la competencia, la moneda, el Estado, etc.— que volvían a la sociedad burguesa “un desierto poblado por bestias feroces”.<sup>18</sup> Así sucedía que los trabajadores oprimidos, explotados y desnaturalizados por las leyes del mercado, consideraban a su infelicidad un hecho inmodificable; vivían, por lo tanto, en un régimen de sonambulismo que les impedía ver aquello que tenían que hacer para poner fin al escándalo del mal.

Afortunadamente, para algunos individuos, gracias a la iluminación dialéctica han desgarrado el “velo de Maya” —la ideología burguesa que impide ver la inmoralidad y lo antinatural del orden existente—, y por lo tanto, constituyen la vanguardia (armada de la teoría) de la revolución. Así, ellos reconocen el derecho-obligación de asumir el liderazgo del movimiento de emancipación de los explotados. Sólo ellos que han captado el *Telos* inmanente del proceso histórico —que es el comunismo— pueden guiar a la humanidad alienada y cegada por la ideología burguesa. Y ellos conocen el *Telos* de la historia porque poseen el *socialismo científico*, es decir, la *gnosis* dialéctica que indica el método para arrancar las raíces de la alienación: la inversión del mundo invertido, o lo que es lo mismo, la revolución total.

Se explica, así, por qué Marx no se inhibió en declarar delante de la diputación de los socialistas alemanes que él y Engels “no habían recibido el mandato de representantes del partido proletario más que de sí mismos”.<sup>19</sup> A la elección se sustituye, del todo coherentemente con la metafísica gnóstica bautizada como *socialismo científico*, por la autoelección carismática, porque los comunistas se consideran la conciencia de la clase mesiánica, estando ellos en condiciones de prever el sentido (en la doble

acepción de dirección y significado) de la espontánea lucha de los explotados contra el reino del capital.

### Una profecía de Bakunin

Si esta interpretación del proyecto de Marx y Engels es correcta, el programa estratégico-organizativo de Lenin, no puede dejar de ser considerado como su complemento lógico.

En 1871 Marx, después de haber condenado la actividad divisionista de la Alianza Democrática de Bakunin, logra aprobar en el seno de la Internacional una resolución así formulada:

El Consejo General estará obligado a denunciar y a confesar públicamente a todos los periódicos que se dicen órganos de la Internacional, los cuales siguiendo el ejemplo dado por *Le progrès* y *La solidarité*, discuten en sus columnas delante del público burgués las cuestiones que deben ser discutidas en el seno de los comités locales, de los comités federales y el Consejo General o en las sesiones privadas y administrativas de los consejos, tanto federales como generales.

Jean Elleinstein comenta: “El centralismo democrático está en este texto. Él trataba de impedir que las discusiones teóricas y políticas se desarrollaran públicamente y prohibía a los militantes que se expresan públicamente en la prensa de la burguesía. Lenin se vislumbraba ya en el Marx de 1871”.<sup>20</sup>

En otras palabras, Lenin —para Pellicani— ha integrado, no deformado, los principios del *socialismo científico* creando la “palanca de Arquímedes” —el Partido de los profesionales de la revolución permanente, concebido como una moderna Compa-



ña de Jesús— para invertir el mundo invertido y hacer así pasar la idea comunista de la posibilidad a los hechos. Para Pellicani, una confirmación adicional de lo que sostiene, lo representa la propuesta clasista de la instauración de la dictadura revolucionaria —la sustitución del dominio de las clases adquisitivas por el dominio de los monopolizadores del saber— que había sido tempranamente percibida y denunciada por Bakunin.

En *Estado y anarquía*, se pueden leer estas iluminadoras y proféticas palabras:

El llamado Estado popular no será otra cosa que un gobierno despótico de las masas del pueblo por parte de una nueva aristocracia y más restringida de verdaderos o pseudocientíficos. El pueblo, dado que no está instruido, será completamente exonerado de las preocupaciones de gobernar y será integrado en bloque en el rebaño de los gobernantes. ¡Qué bella liberación! Los marxistas se dan cuenta de esta contradicción y conscientes de que un gobierno de científicos, el más opresivo, el más ofensivo y el más despreciable del mundo, será no obstante todas las formas democráticas una verdadera dictadura, se consuelan con la idea de que esta dictadura será provisional y de breve duración. Dicen que su única ocupación y su intención será la de educar y elevar el nivel del pueblo tanto económica como políticamente, a un nivel en que todo gobierno devendrá muy pronto inútil, y el Estado perdiendo su carácter político y por lo tanto de dominación se transformará por sí en una organización libre de los intereses económicos. Dicen que este yugo del Estado, esta dictadura, es una medida transitoria necesaria para poder lograr la emancipación integral del pueblo: la anarquía o la libertad es el fin; el Estado o

la dictadura es el medio. Y así, para emancipar a las masas populares se deberá antes sojuzgarlas.<sup>21</sup>

Esta crítica habría debido, por lo menos, suscitar en Marx la duda respecto a la racionalidad de la solución que él proponía, tanto más que había sido formulada muchas veces y siempre por parte de “la izquierda”. Así, en sus comentarios a *Estado y anarquía*, él ratifica la validez de la dictadura del proletariado y precisa que ella no será de breve duración; todo lo contrario: “el dominio de clase de los obreros sobre los estratos del viejo mundo que lo combaten durará hasta cuando sean destruidas las bases económicas de la existencia de las clases”.<sup>22</sup> En síntesis, Marx no quiso nunca tomar en cuenta la hipótesis de la degeneración de la dictadura revolucionaria y se negó sistemáticamente a una discusión leal con los socialistas libertarios, que temían el nacimiento en el seno del movimiento obrero del nuevo *Leviatán*.

### Marx, Engels y el elogio del terror

Y todavía algunos estudiosos continúan sosteniendo que por dictadura del proletariado Marx entendía una forma superior de democracia, no ya un Estado despótico no regulado por ninguna ley. Esta tesis para Pellicani<sup>23</sup> es insostenible. Ante todo porque Marx y Engels no indicaron nunca cuáles habrían de ser las instituciones de la democracia de nuevo tipo. En segundo lugar, porque según Marx la “república democrática” era la “última forma estatal de la sociedad burguesa” en la cual se debe “decidir definitivamente con las armas la lucha de clases”;<sup>24</sup> lo que evidentemente excluía la posibilidad de todo tipo de democracia plural, que en rigor, no es más que la



institucionalización del compromiso entre una pluralidad de intereses y valores. Dicho de otra manera, en el esquema teórico del materialismo histórico no existe lugar alguno para la democracia pluralista, porque la lucha de clases es concebida literalmente como una guerra; y donde existe la guerra, faltan las precondiciones mismas de la democracia, si por democracia se entiende, como se debe entender: disenso, oposición, competencia. En tercer lugar, cuando Marx y Engels hablan de dictadura revolucionaria, tenían claramente de frente el ejemplo del terror jacobino. Los textos —poco conocidos o regularmente ignorados— sobre este punto específico son de una claridad inequívoca. Así, se puede decir que Marx y Engels han teorizado una forma exasperada, casi histórica del jacobinismo, insertando el papel poligenético de la violencia revolucionaria en el cuadro de la teodicea hegeliana, que todo lo justifica y santifica, porque confirma el sentido de la historia.

El 14 de septiembre de 1848, Marx escribe: “todo estado de cosas provisional después de una revolución exige dictadura, y una dictadura enérgica”.<sup>25</sup>

Y el 7 de noviembre del mismo año Marx precisa que por “dictadura enérgica” entiende un régimen de terror:

Aquí recordaremos de junio a octubre y también nosotros exclamaremos: ¡*Vae victis!* Las masacres sin resultado de las jornadas de junio a marzo, el canibalismo de la misma contrarrevolución convencerán a los pueblos de que sólo existe un medio para abreviar, simplificar y concentrar la agonía asesina de la vieja sociedad y el dolor de parto de la nueva sociedad, un solo medio: *el terrorismo revolucionario*.<sup>26</sup>

El concepto será ratificado, en forma más explícita, si es posible, en un artículo del 19 de mayo del año siguiente, que se concluye con las siguientes palabras amenazadoras: “Nosotros no tendremos miramientos; nosotros no los esperamos de ustedes. Cuando llegue nuestro turno nosotros no embelleceremos el terror”.<sup>27</sup> Aun más truculenta y helante resulta la prosa de Engels quien, el 16 de febrero de 1849, no se inhibe en teorizar la necesidad de recurrir al genocidio para hacer triunfar la revolución comunista. Leer para creer:

A las frases sentimentales sobre la fraternidad ofrecidas en nombre de la nación más contrarrevolucionaria de Europa, nosotros respondemos que el odio por los rusos ha sido y es aún la primera pasión revolucionaria de los alemanes; que después de la revolución se ha juntado el odio por los croatas, y que nosotros, junto con los polacos y los húngaros, podremos salvar la revolución sólo con el terrorismo más resuelto contra estos pueblos eslavos. Lucha ahora, lucha inexorable por la vida o la muerte contra el esclavismo traidor de la revolución, *lucha de aniquilamiento y de terrorismo sin miramientos* —no en interés de Alemania— sino en interés de la revolución.<sup>28</sup>

Algunos meses después, para eliminar cualquier equívoco sobre el significado efectivo de la dictadura del proletariado —un régimen de “aniquilamiento” y de “terrorismo” contra todos aquellos que se opongan a la marcha revolucionaria de la historia—, Marx y Engels, escriben la *Comunicación al Comité Central de la Liga de los Comunistas*, en la cual ratifican la necesidad de “instaurar una decisiva centralización del poder en las manos del Estado” y de recurrir a “medidas de terror” para hacer triunfar

la “revolución permanente”.<sup>29</sup> Frente a un lenguaje similar —expresa Pellicani— no veo cómo sea posible encontrar en el *socialismo científico* la teoría de una democracia más elevada. De acuerdo que leer significa siempre interpretar, pero interpretar no significa recrear el texto, descifrando las páginas blancas e ignorando lo que está escrito.

### La supresión del mercado

Pero veamos el tercer punto, es decir, el modelo de organización económico-social que Marx y Engels han contrapuesto, polémicamente, no sólo al capitalismo, sino también a los modelos de sociedad ideales contruidos por los “socialistas utópicos”. La idea de base es extremadamente simple: eliminar la competencia, sustituyendo a lo que ellos llaman “la anarquía del mercado” con el plano único de producción y distribución. Marx y Engels llegaron a esta conclusión porque estaban firmemente convencidos de que la matriz de todas las “escisiones antinaturales”<sup>30</sup> que caracterizan a la sociedad moderna era la competencia que atomizaba la sociedad y volvía dominante la ley de la guerra de todos contra todos. De una crítica de la economía política habían aprendido que el orden burgués era un “absurdo viviente”<sup>31</sup> y que la “máxima degradación de la humanidad” dependía del hecho de que “la propiedad privada había hecho del hombre una mercancía”.<sup>32</sup> De aquí su teorema, según el cual “la supresión de la degradación de la humanidad sólo podría venir a través de la supresión de la propiedad privada, de la competencia y de los intereses contrapuestos”.<sup>33</sup> En otras palabras, para ellos existía sólo un medio para poner fin al “tiempo de la corrupción general”:<sup>34</sup> “la con-

centración de todos los medios de producción en manos del Estado”,<sup>35</sup> como se puede leer en *El manifiesto*. Esta tesis ya había sido formulada antes en *Los principios del comunismo* en los siguientes términos: la revolución proletaria...

deberá arrancar de las manos a los individuos en competencia entre sí, el ejercicio de la industria y de todas las ramas de la producción en general, y deberá por el contrario, administrar todas estas ramas de la producción del conjunto de la sociedad, es decir, según un plan común, y con la participación de todos los miembros de la sociedad... Una vez cumplido el primer asalto radical contra la propiedad privada, el proletariado estará obligado a concentrar cada vez más en manos del Estado todo el capital, toda la agricultura, toda la industria, todos los transportes, todos los intercambios.<sup>36</sup>

Treinta años después, Engels ratifica la identificación del comunismo con la estatización integral de la economía y con el plan único en los siguientes términos:

el modo de producción capitalista, transformando siempre en medida creciente a la mayoría de la población en proletarios, crea la fuerza que, so pena de muerte, está obligada a cumplir esta transformación. Empujando siempre en mayor medida a la transformación de los grandes medios de producción socializados en propiedad estatal, ella misma muestra la vida para el cumplimiento de esta transformación.

El proletariado se adueña del poder del *Estado* y, *ante todo transforma los medios de producción en propiedad del Estado*. Y los administra según un solo gran plan.<sup>37</sup>

*En resumen, comunismo significa: estatización integral de la vida económica, administración monopólica y centralizada de todas las ramas de la producción, y por tanto, necesariamente distribución centralizada de las mismas.*

No hay duda de que tal propuesta deriva, consecuencia lógica, de la idea de que el mercado ha pervertido a la sociedad, llenándola de escisiones y conflictos “antinaturales”, invirtiendo todas las cosas hasta deformar la misma naturaleza humana. El presupuesto de partida —nada empírico, sino abiertamente mitológico— es que la separación es el mal y que la unidad es el bien; más precisamente, que la “sociedad según la naturaleza” es la comunidad orgánica perfectamente armónica y que son la división del trabajo o la propiedad privada —“que Marx y Engels consideraban expresiones idénticas”—,<sup>38</sup> las que han puesto en continuo proceso de degradación moral al género humano, logrando su culminación en la sociedad burguesa. Lo que significa que la cadena moralista de la sociedad de mercado por parte de los “socialistas científicos” deriva directa-

mente de la reformulación en clave sociológica del mito gnóstico de la “caída del hombre”. Ello es tan cierto, que hasta el mismo Engels ha descrito la transición del comunismo primitivo a la sociedad clasista de la siguiente manera:

El poder de la comunidad natural debía ser quebrado; y en efecto, lo fue. Pero fue quebrado por la influencia que aparece desde el inicio como una degradación y una consiguiente caída de la simple alteza moral de la antigua sociedad gentilicia. Los más ruines intereses —vulgar envidia, brutal avidez de gozo, sórdida avaricia, rapiña egoísta de la propiedad común— inauguraron la nueva sociedad incivilizada, la sociedad de clases; los medios más desvergonzados —hurto, violencia, envidia, traiciones— minaron y llevaron a la ruina a la antigua sociedad sin clases. Y también, en la nueva sociedad, con sus dos mil quinientos años de existencia, no ha sido otra cosa que el desarrollo de una pequeña minoría a expensas de la gran mayoría de los explotados y los oprimidos, y ello es lo que sucede ahora más que antes.<sup>39</sup>



*Sandra Cháng 92*



## El cuartel de los jesuitas

Aquí, como se ve, nos encontramos frente a la reafirmación de la validez del teorema de Morelly, según el cual la propiedad privada es la matriz del "mal radical" y de la consiguiente caída de la humanidad y sólo a través de su abolición es posible purificar la existencia y llevarla a la nueva vida. Pero si fuera verdad que la propiedad privada ha corrompido a la humanidad desnaturalizándose su "esencia genérica", faltaría por demostrar que la sustitución de la competencia por el monopolio estatal de los medios de producción permite arrancar las raíces de la represión y de la explotación. Para Pellicani,<sup>40</sup> resulta lógico pensar lo contrario, ya que la fusión del poder económico con el poder político en una estructura imperativa única del Estado planificador, no puede dejar de volver más duro el estado de sujeción de los obreros, privados de todo instrumento de protesta y resistencia. Esto es exactamente lo que pensaban los socialistas libertarios: el colectivismo económico, solían repetir ellos, habría transformado al conjunto de la sociedad en un gigantesco "cuartel" gobernado por los "jesuitas de la revolución".

En particular Proudhon, poco antes de morir, retomando una idea ya presente en *¿Qué cosa es la propiedad?* y en *La filosofía de la miseria*, había escrito:

los comunistas se han dado a la tarea de juntar en el Estado todos los elementos sustraídos a su dominio... aplastando, triturando cualquier acción individual, cualquier posesión separada, vida, libertad, fortuna... Para ellos la esfera pública debe producir el fin de todas las asociaciones separadas o su reunificación

en una sola; la competencia, revuelta contra sí misma, lleva la supresión de la competencia; la libertad colectiva, en fin, engulle todas las libertades, corporativas, locales o particulares.

Y había dejado esta extraordinaria descripción de la lógica burocrático-totalitaria del colectivismo económico:

Una democracia disciplinada, fundada en apariencia sobre la dictadura de las masas, pero en la cual las masas tendrían sólo el poder de garantizar la servidumbre universal, según fórmulas y palabras prestadas del viejo absolutismo: poder indiviso; concentración; destrucción sistemática de todo pensamiento universal, corporativo o local; policía inquisitorial, abolición o al menos restricción de la familia, y con mayor razón, de la herencia; sufragio universal organizado de tal manera que sancione continuamente esta tiranía anónima, para aprobar, en otras palabras, el dominio de sujetos mediocres y hasta incapaces, siempre en mayoría, sobre los ciudadanos capaces y los espíritus independientes, denunciados como sospechosos y, naturalmente, menores en número.<sup>41</sup>

Palabras desperdiciadas y calificadas como expresión de una mentalidad pequeño-burguesa y sustancialmente reaccionaria. Así como fueron desperdiciadas las palabras de Proudhon, lo fueron también, las no menos proféticas de Bakunin, escritas en abierta polémica contra el comunismo de Marx y Engels:

En el Estado popular no existirán clases privilegiadas. Todas serán iguales, y no sólo desde el punto de vista político y jurídico, sino también desde el punto de



vista económico. Por lo menos así se promete, aunque yo dudo mucho que ello pueda suceder, dadas las premisas y las vías que se quieren seguir. Entonces no existirán más clases privilegiadas, sino un gobierno excesivamente complicado, que no se contentará con gobernar y administrar políticamente a las masas, sino que concentrará en sus manos la producción y la justa distribución de la riqueza, el cultivo de la tierra, el desarrollo del comercio, finalmente, la aplicación del capital a la producción por parte de un solo banquero, el Estado.<sup>42</sup>

Y aun:

el comunista, devenido en único propietario, será también el único capitalista, banquero, el financiero, el organizador, el director de todo el trabajo nacional y el distribuidor de sus productos. La revolución comunista consistirá en la expropiación, tanto progresiva como violenta, de los actuales propietarios y capitalistas y en la apropiación de toda la tierra y todo el capital por parte del Estado, que para poder asumir su gran misión económica y política, deberá necesariamente ser más potente y centralizado. El Estado administrará y dirigirá el cultivo de la tierra mediante técnicos asalariados que dirigirán el ejército de los trabajadores agrícolas, organizados y disciplinados para este tipo de trabajo. Análogamente a ello, sobre la ruina de toda la banca se constituirá una banca única que concentrará todo el trabajo y todo el comercio internacional.<sup>43</sup> Los comunistas tomarán en sus manos las riendas del Estado y del gobierno porque el pueblo ha requerido de una buena tutela; crearán una banca de Estado única que concentrará en sus manos todo el comercio, la industria, la agricultura y hasta la producción científica, mientras las masas del pueblo serán divididas en

dos ejércitos: el ejército industrial y el agrícola, al mando directo de los ingenieros del Estado que formarán una nueva casta política-sapiente de privilegiados.<sup>44</sup>

Seguramente no se requería una gran sabiduría sociológica para imaginar que la concentración de todo el poder económico y político en las manos del Estado habría de convertir a la burocracia en omnipotente y habría de esclavizar a la sociedad civil, despojándola de toda autonomía y forma de resistencia.

Pero Marx y Engels razonaban según los esquemas básicos del pensamiento dialéctico y, por lo tanto, pensaban que de la centralización absoluta surgiría providencialmente la libertad absoluta. Según Pellicani, confiaban en la “astucia de la razón” y por ello sostenían que necesariamente la guerra civil entre el proletariado y la burguesía sería concluida, después del purgatorio de la transición, con la instauración del paraíso en la tierra.

### La guerra civil en Francia

A quienes acusan a Marx y Engels de centralistas y estatistas ha devenido ritual recordarles *La comunicación al Consejo General de la Internacional*, escrito por Marx en 1871 y pasado a la historia con el título *La guerra civil en Francia*. En esta obra, la dictadura del proletariado es identificada con el proyecto federalista y mutualista que animó a los jefes de la Comuna de París. Se puede leer lo siguiente:

El verdadero secreto de la Comuna fue éste: que ella fue esencialmente el gobierno de la clase trabajadora,

del resultado de la lucha de clases de los productores contra las clases propietarias, la forma política finalmente descubierta mediante la cual se podía cumplir la emancipación económica del trabajo.<sup>45</sup>

Y esto porque —según Marx— mientras todas las revoluciones del pasado habían reforzado el poder estatal, la Comuna intentó “despedazarlo” aboliendo el ejército permanente, la policía, “el poder de los curas” y la “sedicente independencia de los magistrados”. Además, la Comuna operó de manera que “el viejo gobierno centralizado habría debido ceder el puesto también en las provincias al autogobierno de los productores”.<sup>46</sup>

La misma valoración positiva fue expresada por Marx en una carta a Kugelman en el mismo 1871, donde pone de relieve la correspondencia sustancial entre sus ideas y las de los comuneros:

Si tú relees el último capítulo del *18 Brumario* encontrarás que yo afirmo que el próximo intento de la Revolución Francesa no consistirá en la transferencia de una mano a la otra de la máquina militar y burocrática, como ha sucedido hasta ahora, sino en la destrucción que es la condición preliminar de toda revolución real en el continente. En esto consiste entonces el intento de nuestros heroicos compañeros parisinos.<sup>47</sup>

Declaraciones programáticas de este tipo, confirman por otra parte, según Pellicani, las tesis de quienes sostienen que Lenin había literalmente deformado el mensaje ético-político de Marx, identificando el régimen de transición con la dictadura del partido revolucionario y con la economía completamente estatizada. No ha faltado aquí, como Yvon

Bourdieu ha llegado a sostener que *La guerra civil en Francia* demuestra, fuera de toda duda posible, que Marx era autogestionario y antiestatista y que por lo tanto es arbitrario hablar, señalando los éxitos libertarios de las revoluciones comunistas, de crisis del marxismo.<sup>48</sup> El marxismo no estaría en crisis, por el simple, pero decisivo hecho, de que nunca ha sido aplicado.

Pero, aparte del hecho de que un programa que después de casi 150 años de su formulación no ha encontrado aplicación práctica, en nombre de los mismos principios del materialismo histórico se condena a sí mismo, se puede legítimamente —indica Pellicani— preguntarse si *La guerra civil* es efectivamente un escrito marxista. El interrogante puede parecer absurdo, o peor, motivado por una predisposición perversa en las confrontaciones con Marx. Sin embargo, existe toda una batería de argumentos para demostrar que *La guerra civil* constituye una anomalía en el imponente *corpus* teórico de Marx.

Baste señalar que aquellos a quienes Camilo Berneri llamaba “los liberales de la Internacional Socialista” acusaron prontamente a Marx de apropiación indebida de ideas y de experiencias no sólo extrañas al comunismo marxiano, sino también antitéticas. Y la acusación ha sido regularmente repetida por un siglo. Arthur Lehning, por ejemplo, no ha dejado de sostener que: “la Comuna de París no tenía nada en común con el socialismo de Estado de Marx, sino que ella coincidía con las ideas de Proudhon y con la teoría federalista de Bakunin”.<sup>49</sup>

Se dirá, Lehning es una anarquista decididamente hostil al marxismo y como tal, poco creíble. Pero, también un marxista ortodoxo como Franz Mehring ha reconocido, no sin embarazo, que las ideas expresadas en *La guerra civil* no concuerdan con las

expresadas en *El manifiesto*. En su *Vida de Marx* se lee:

Por geniales que fueran las realizaciones (de la Comuna) en lo particular, todas tenían un cierto contraste con los principios que Marx y Engels sostenían desde un cuarto de siglo y que habían proclamado en *El manifiesto*. Según su concepción, entre las últimas consecuencias de la revolución proletaria, estaba, es verdad, la abolición de la organización política que es designada con el nombre de Estado, pero sólo como abolición gradual. El objetivo principal de esta organización había sido siempre el de asegurar con la fuerza de las armas la opresión económica de la mayoría de los trabajadores por parte de una minoría propietaria. Con la derrota de la minoría poseedora, desaparece también la necesidad de un poder estatal opresivo armado. Pero, al mismo tiempo, Marx y Engels ponían de relieve, que para llegar a éste y otros objetivos, mucho más importantes de la revolución, la clase obrera debía, ante todo, apropiarse del poder político organizado en el Estado, aplastando —valiéndose del mismo— la resistencia de la clase de los capitalistas y dando una nueva organización a la sociedad. Con esta concepción expuesta en *El manifiesto*, no coincidían, sin embargo, los elogios que *La comunicación al Consejo General* tributó a la Comuna de París, de haber empezado por fin el arrancamiento de los fundamentos del Estado parasitario.<sup>50</sup>

### La apropiación táctica de la Comuna de París

Se podría pensar que el experimento de la Comuna había inducido a Marx y Engels a modificar radicalmente sus ideas sobre la transición, hasta abandonar

definitivamente el centralismo jacobino de *El manifiesto* para adoptar una concesión mutualista y federalista de la sociedad posrevolucionaria. Ello equivaldría, entonces, a decir que, a partir de 1871, Marx y Engels dejaron de ser marxistas para convertirse al proudhonismo. (Aquí es oportuno recordar que *La declaración del pueblo de París*, carta programática de los comuneros fue redactada por Pierre Denis, quien era un discípulo de Proudhon, como el resto de la mayoría de los jefes de la Comuna.)

En realidad, las cosas no han sucedido de esa manera. La fase libertaria no fue más que un paréntesis de brevísima duración y, por tanto, puramente instrumental. Ya en 1872, en un artículo aparecido en *The International Herald*, Marx vuelve a defender el principio fundamental de la alternativa comunista, es decir, “la centralización nacional de los medios de producción”<sup>51</sup>:

Si se tiene presente que el 25 de septiembre de 1871, Marx había declarado en ocasión del séptimo aniversario de la fundación de la Internacional que “la Comuna no podía haber encontrado una nueva forma de gobierno de clase” se trata exactamente de lo contrario que había sostenido en *La guerra civil en Francia*. Lo que demuestra la ausencia total de escrúpulos que tenía Marx para manipular los hechos y las ideas para adaptarlas a sus fines, en una palabra su jesuitismo, explícitamente teorizado desde 1846 en *La carta al Comité Comunista*, donde se puede leer la siguiente máxima: “Agitar jesuíticamente, haciendo a un lado la probidad germánica, la honestidad, la integridad... En un partido se debe apoyar todo lo que ayude a avanzar, sin falsos escrúpulos morales”.<sup>52</sup> De estas premisas “morales” no puede sorprender que Marx haya hecho la siguiente confesión a Engels: “Es posible que yo

aparezca como una persona poco seria. Pero podemos salir adelante con un poco de dialéctica. Naturalmente que tengo mis propias consideraciones por si es necesario razonar en sentido contrario”.<sup>53</sup> Como resulta claramente de la citada monografía de Elleinstein, era un desmedido apetito de poder.<sup>54</sup>

Al año siguiente, en una polémica abierta contra los anarquistas, Engels escribía un artículo —aparecido en *El Almanaque Republicano*— que concluía con las siguientes palabras:

Una revolución es ciertamente la cosa más autoritaria que existe: es el acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de los fusiles, las bayonetas y los cañones, se trata de medios autoritarios; y el partido victorioso no puede haber combatido en vano, debe continuar este dominio con el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios.<sup>55</sup>

La idea de “despedazar” la máquina del Estado es ahora abandonada, como lo es la idea de organizar al sistema económico sobre la base del principio del “autogobierno de los productores”. La situación es sorprendente, pero también indiscutiblemente real: el elogio de la Comuna fue realizado por Marx y Engels por razones puramente tácticas, o para ser más precisos, por mero oportunismo. Nunca pensaron que ella había indicado la línea a seguir. Si escribieron públicamente lo contrario fue con base en un razonamiento que Arthur Rosemberg ha sintetizado así:

Audazmente Marx se apropia de la Comuna y desde ahora el marxismo tiene una tradición revolucionaria a los ojos de la humanidad. Por lo tanto, teóricamente



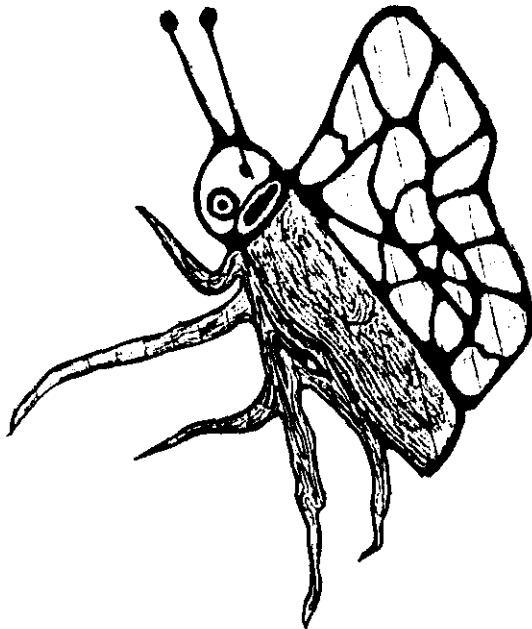
era una retirada parcial del marxismo frente al proudhonismo. Sin embargo, todo planteamiento de consecuencia o alteración no tenía, para Marx, importancia frente a los grandes fines del movimiento.<sup>56</sup>

Un juicio análogo ha sido recientemente expresado por Guilles Martinet: "Marx ha cometido una serie de falsificaciones que tenían el objetivo de exaltar el movimiento obrero y de darle una imagen extraordinaria de batalla".<sup>57</sup> La más grande de estas falsificaciones, según Martinet, es el escrito sobre la Comuna, con el cual Marx se apropia públicamente de una revolución que privadamente siempre consideró extraña a sus principios. Ello es verdad a tal punto que en 1881 escribía a Damela-Nieuwenhuis

que "la mayoría de la Comuna no era de ningún modo socialista, ni podía serlo. Con un poco de buen sentido habría podido lograr un compromiso con Versalles útil para el conjunto de las masas del pueblo".

Aun más clara resulta la lejanía de la Comuna al marxismo de la carta escrita por Engels en 1883 a Van Platten:

Marx y yo, ya en 1845, habíamos sostenido la tesis de que uno de los resultados de la futura revolución proletaria sería la gradual disolución y derrota definitiva de la organización política que se llama Estado: una organización cuyo objetivo principal ha sido el de asegurar con la fuerza armada la sujeción económica de la mayoría de los trabajadores a la minoría de los ricos. Con la derrota de la minoría de los ricos desaparece también la necesidad de una fuerza armada estatal cuyo fin es la represión. Al mismo tiempo, nosotros habíamos sostenido que, con el fin de realizar éste y otros importantes objetivos de la revolución social del futuro, el proletariado debe apropiarse de la fuerza pública organizada por el Estado y emplearla para eliminar la resistencia de la clase capitalista y reorganizar la sociedad. Ello es afirmado ya en *El manifiesto* de 1847 al final del segundo capítulo. Los anarquistas invierten la tarea. Ellos dicen que la revolución proletaria debe comenzar con la abolición de la organización política del Estado. Pero después de la victoria del proletariado la única organización que la clase trabajadora encuentra disponible para su uso es la del Estado. Puede ser necesario adaptarla a las nuevas funciones, pero destruirla en un momento semejante, significaría destruir la única organización a través de la cual la clase trabajadora victoriosa puede ejercer el poder apenas conquistado, reprimir a los



enemigos capitalistas y realizar la revolución económica de la sociedad, sin la cual, la victoria se convertiría en una derrota y en una masacre de la clase trabajadora, como ha sucedido con la Comuna de París.

### El dominio del hombre por el hombre

Como se ve —señala Pellicani— aquí Engels indica en la Comuna de París el modelo negativo. El experimento a no repetir, la antítesis de aquello que él y Marx siempre habían defendido contra los anarquistas, que partían del desmantelamiento inmediato del aparato estatal. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? Que el Estado no debía ser destruido, sino reforzado, deriva lógicamente de la convicción que el modo de producción destinado a suprimir el capitalista se identificaba con la economía privada del mercado y directamente centralizada por una estructura imperativa sobre la base de un plano único. El Estado, por lo tanto, durante la transición debía adquirir una primacía absoluta sobre la sociedad civil para reintegrarle sus fundamentos; y sólo cuando tal operación de reintegración haya sido terminada, se extinguirá.

De todas las antinomias del marxismo, ésta ha sido la más llena de consecuencias negativas. Teorizando el imperativo de estatizar todo para poner las bases del milenarismo reino de la libertad, el marxismo, de hecho ha estimulado la expansión ilimitada de la jurisdicción del poder estatal, y por lo tanto, ha contribuido grandemente al triunfo de la máquina burocrática sobre la sociedad civil. En resumen, ha hecho todo lo contrario a su pretensión de querer

destruir el dominio del hombre por el hombre. De tal manera, que se pone en evidencia que la historia no es dominada por la “astucia de la Razón”, sino por los principios que Weber llamaba “paradojas de las consecuencias”.

### Socialismo, mercado y democracia

Para Luciano Pellicani,<sup>58</sup> la idea de un sistema económico descentralizado es extraña a la visión marxiana de la “sociedad armoniosa”. Descentralización, en efecto, quiere decir policracia, presencia de unidades productivas autónomas y en competencia entre sí, en una palabra: mercado. Pero, es claro que Marx ve en el mercado la matriz estructural del antinatural estado de división de la humanidad. Corolario lógico: la destrucción del mercado como imperativo y, en consecuencia, la sustitución de la policracia por la monocracia. Lenin no hace más que aplicar la teoría de Marx, y Stalin no hace más que perfeccionar la obra. Ella presuponía la militarización y la ideologización de la vida humana en todas sus manifestaciones. Del convento militarizado se pasa así al Estado-cuartel, mediante una guerra permanente contra la sociedad civil, una guerra que acepta retiradas estratégicas y armisticios temporales —como el periodo de la NEP— pero que debe ser llevada hasta el fondo, hasta la supresión de todo grupo social o político que rechace el totalitarismo de la burocracia carismática, universal e impersonal del partido. Difícilmente se habría regresado al sistema de mercado y, por tanto, el renacimiento de todo aquello contra lo cual el comunismo está en guerra.

La represión y su forma institucionalizada, el sistema de los campos de concentración, están por lo tanto inscritos en el código genético de la idea comunista. Entre la teoría de Marx y el *Gulag* de Stalin la coherencia y continuidad son absolutas, directas, necesarias.

Vittorio Strada<sup>59</sup> desarrolla un planteamiento similar al antes expuesto. Para él, el centenario de la muerte de Marx en 1983, coincide en ese año con el treinta aniversario de la muerte de Stalin. La coincidencia entre ambas fechas parece molesta e injusta en la atmósfera política e intelectual de aquel momento. Pero, por extrañamiento que pueda parecer, para él esa aparente contraposición entre Marx y Stalin no es más que un residuo de esta misma mentalidad que hasta hace poco tiempo llevaba a exaltar a Stalin como el continuador de Lenin y de Marx: una mentalidad siempre acrítica y ahistórica. En realidad, los artífices de la primera revolución hecha en nombre del marxismo, la bolchevique, no sufrieron un simple influjo de las ideas de Marx, como los jacobinos de las ideas de Rousseau, sino que fueron literalmente guiados por la teoría marxista.

El paso de Marx a Stalin, vía Lenin, ha sido posible porque Marx había creado una teoría del desarrollo histórico universal y una técnica de la acción revolucionaria. Existía además, esbozadas, apenas, una tecnología del poder, la dictadura del proletariado, que encontró su desarrollo en Rusia con Lenin en 1917. No tiene sentido objetar que Marx había considerado una actuación diferente del proyecto revolucionario en los países con alto grado de industrialización capitalista: ya que es propio de toda ciencia, como el marxismo pretender ser, desarrollarse en contacto con la realidad histórica.

Las ideas de Marx que devienen máquina ideológica de la industrialización "socialista" han creado, además de los males de la sociedad industrial, algo más grave, desconocido en las sociedades capitalistas normales (no fascistas), que es el totalitarismo. Y, si en la estructura de toda sociedad capitalista altamente industrializada existe cierto totalitarismo, en parte balanceado por las instituciones políticas democráticas, en el caso de la industrialización socialista el totalitarismo es perfecto.

Para Francois Feejto en su artículo "Un socialismo sin Marx"<sup>60</sup> sostiene que pocos pensadores han arriesgado tantas falsas profecías como el fundador del *socialismo científico*, Marx y sus sucesores pretendían civilizar a la civilidad: los resultados de este esfuerzo de moralización desafortunado están a la vista de todos. Falta explicar cómo es que una doctrina basada sobre una falsa científicidad haya servido a una minoría sectaria para imponer su dominio en el mundo. Pellicani explica la victoria del leninismo especialmente con el derrumbe de la sociedad civil en Rusia, pero no basta. Otras causas se relacionan con el genio político de Lenin, con la capacidad bolchevique de explotar los motivos de descontento y de hacer de la revolución una fe de carácter místico.

Wlodzimiers Brus, en su artículo "El socialismo y el mercado: de Marx a Stalin",<sup>61</sup> señala que la búsqueda de un hilo que vincule a Marx con Stalin es legítima, pero no puede ser una línea recta que lleve a plantear que Marx produjo a Stalin. Respecto a la relación entre socialismo y mercado, señalada justamente por Pellicani, expresa que la división entre el componente socialdemócrata y el comunista era ya evidente antes de la Primera Guerra Mundial. Kautsky, Hilferding y los austro-marxistas

dejaron de considerar al mercado como incompatible con la planificación socialista.

Y el modelo sucesivo de socialismo de Oskar Lange proviene de esta tradición.

Por su parte, Ferec Feher y Agnes Heller<sup>62</sup> consideran que es verdad lo que sostiene Pellicani: existe una correlación entre la abolición de las relaciones de mercado y la pérdida total de las libertades políticas. Pero, sostener que las relaciones de mercado aseguran la libertad, es erróneo. El mercado es una de las condiciones de la libertad, pero no la única, el anticuerpo del totalitarismo: basta pensar en la Alemania nazi. El problema no es, si deba o no existir un mercado, sino de qué manera y hasta qué punto el Estado permite la intervención en las relaciones del mercado.

Al señalamiento anterior, responde Pellicani con su artículo "Economía planificada y totalitarismo",<sup>63</sup> donde plantea que subrayar el nexo ineludible entre mercado y libertad no significa aceptar el *laissez faire* o el mercado autorregulado, como objetan Brus, Feren Feher y Agnes Heller. Aclarado este punto para él, se rencuentra el nexo Marx-Stalin. La correspondencia entre el modelo de economía planificada y el comunismo de guerra es impresionante. En consecuencia, Marx no es "inocente"; no lo es de ninguna manera sobre las consecuencias últimas del totalitarismo, los campos de concentración, los *Gulags*, porque teorizó el terrorismo revolucionario, luego aplicado por Lenin, Stalin, Mao, etc., hasta Pol Pot. Para apoyar su posición, Pellicani recurre a Proudhon: "Suprimir la competencia significa suprimir la libertad", y a Kolakowski:

La total nacionalización de los medios de producción y la planificación autoritaria excluyen la posibilidad

de un sistema de democracia representativa, porque la nacionalización y la total subordinación de la economía a los órganos de la planificación central significa la nacionalización de los hombres. Y esto es propio del comunismo: los seres humanos devienen propiedad del Estado.

Avanzado en la compleja, fértil y regeneradora problemática hasta aquí planteada, Wlodziemers Brus, en su artículo "La tercera vía de Nove",<sup>64</sup> en referencia al libro de Alec Nove *La economía del socialismo factible*, indica que la factibilidad del *socialismo real*, diferente de los otros tipos de socialismo, posibles o imaginarios, ha sido ya demostrada en la Unión Soviética, China y las "democracias populares". Brejnev y sus allegados han intentado encontrar en el *socialismo real* un sentido de unicidad y un finalismo tal que no pueden existir otras



variantes fuera de la comunista. Más que hablar de un socialismo factible, como le llama Nove, hablemos de un socialismo eficaz. No sólo en su capacidad para sobrevivir, sino también en dar respuesta al reto económico de la sociedad del mundo contemporáneo.

Relacionado con lo anterior, Feren Fehher y Agnes Heller, en su artículo “¿Tiene aún futuro el socialismo?”, publicado en 1989,<sup>65</sup> expresan cómo en la historia conjunta del movimiento socialista una actitud recurrente ha sido el reproche hecho a los otros de no conformarse con las prescripciones políticas y filosóficas impartidas. Ha llegado el momento de comprender una simple verdad: es el socialismo el que existe para el mundo, no el mundo para el socialismo. Lo que está fracasando es una forma espuria de socialismo, dotada de desmedidas ambiciones filosóficas y privado de conciencia ética. Si los socialistas deciden que aún tiene futuro no pueden proceder como si nada hubiera pasado. Por un lado, deben convencerse que el mundo no tiene un solo “centro”; por otro, deben desarrollar la imaginación política, creando desde ahora una alternativa ético-cultural para las reformas sociales.

### **Diez meses que estremecieron al mundo comunista**

Sobre los acontecimientos de los países de Europa del Este de 1989, Luciano Pellicani, en su artículo “El fin del mundo”, publicado en febrero de 1990,<sup>66</sup> señala cómo los acontecimientos de los diez meses que estremecieron al mundo comunista han provocado que el año de 1989 sea uno de los más extraordinarios de la historia universal. En efecto, lo que ha

sucedido en el lapso de pocos meses, de Tiananmen, Timisoara, Praga y Lituania, no tiene precedente. El mundo comunista que parecía dotado de una izquierda sólida se ha desmoronado literalmente bajo nuestros ojos. De golpe los pueblos prisioneros en la “jaula de hierro” del Estado totalitario construido por Lenin y perfeccionado por Stalin, han reconquistado la libertad de disponer de su destino y han proclamado su voluntad de adoptar las instituciones de Europa occidental.

Ralf Dahrendorf<sup>67</sup> sostiene que los acontecimientos de 1989, han puesto en el centro de la discusión en Europa y en el mundo, los conceptos de *mercado*, *democracia* y *pluralismo*. Agrega, además, que la lección más importante de los hechos indicados consiste en la necesidad de dejar de pensar en categorías de sistemas, en dejar de creer que existe algo así como la transición de un sistema a otro.

Michael Kaser<sup>68</sup> indica que del análisis cuidadoso de lo acontecido se pueden encontrar las diferencias entre la revolución que fue aplastada en China y las revoluciones en curso en Europa del Este. En este sentido, considera que a diferencia de la URSS, donde la revolución es inducida desde arriba como *perestroika*, en el resto de los países del Este son amplias fuerzas populares las que están promoviendo los cambios, lo que les permitirá aceptar de una manera menos conflictiva las consecuencias de la introducción del mercado (paro, inflación, nuevo régimen laboral, etc.). En la URSS, por el contrario, habrá más problemas. Formula, además, una pregunta que se escucha en todo el mundo: ¿Podrá Gorbachov mantenerse en el poder como palanca de las transformaciones desde arriba?

Kaser, por otra parte, sostiene que el desarrollo industrial en tales países hasta ahora se realizó con

base en el exceso de fuerza de trabajo, pero ello ya no es posible, ahora se requiere el incremento eficiente del capital, mediante la transferencia de tecnología de Occidente, que permita superar el rezago tecnológico, incrementar la productividad y poder competir en mejores condiciones en el mercado capitalista mundial.

Dahrendorf, en este sentido, considera que el tiempo que se requiere para realizar los cambios económicos es necesariamente más largo que el tiempo disponible para asegurar la legitimidad política. Esta contradicción entre el ritmo lento de las reformas económicas y la angustiada urgencia que el nuevo poder político tiene de legitimarse, es el problema más preocupante de los países del Este.

En particular, en la Unión Soviética, Gorbachov ha promovido inicialmente las reformas políticas, antes que las económicas, como una forma de reducir las tensiones políticas y sociales al interior, que permitan ganar tiempo para realizar las reformas económicas necesarias para el restablecimiento de las relaciones capitalistas, administradas por el Partido y Estado soviéticos.

Esto, que en la ortodoxia marxista de los años sesenta, hacia atrás, podría haber sido considerado como una "herejía", hoy es un hecho real con la introducción oficial del mercado a partir del 24 de mayo de 1990. Medida que no está exenta de adversarios desde cuando se mencionó la posibilidad de aplicarla; así, el prominente economista conservador Alexei Sergeev<sup>60</sup> expresa que "establecer un sistema de mercado podría llevar a una rebelión como en 1917. Mijail no se atreve a dar el paso que incendiaría la nación". Sin embargo, a pesar de esta oposición y muchas más, en una perspectiva estratégica de lograr la reproducción de la Nomenclatura

como grupo social dominante, Gorbachov no se ha dejado amedrentar por las presiones de los sectores más atrasados del Partido y del ejército, está decidido a "administrar" la reintroducción de las relaciones capitalistas bajo la modalidad de la nueva NEP, no provisional sino permanente, como alternativa de hacer frente al fracaso del socialismo como sistema económico y social. Esta reimplantación capitalista no es improvisada, desde hace algunos años, consejeros de primer orden de Gorbachov como Tatiana Savlaskaia, Leonid Abalkin y Aganbegyan, estuvieron visitando los países de Europa occidental, en especial, donde existía una larga tradición socialdemócrata para intentar captar todo aquello que permita realizar la vuelta al capitalismo en mejores circunstancias.

Contra lo que pudiera pensarse, la rueda de la historia sí da marcha atrás, y entraremos en el siglo XXI con un dominio total de las relaciones capitalistas en el mundo, con la única diferencia de que en los fallidos países socialistas, la Nomenclatura continuará siendo la clase dirigente, a partir de la cual se realizará la implantación de la *economía mixta*, con base en la coinversión con el capital extranjero, y de la cual saldrá necesariamente la clase empresarial de los "nuevos países capitalistas". El ritmo y modalidades de esta regresión de la rueda de la historia estarán determinados no sólo por el proyecto estratégico ya visible de la Nomenclatura, sino también por la vitalidad y capacidad de organización popular de los amplios sectores sociales no vinculados a la burocracia despótico-autoritaria.

Finalmente, con el fracaso del marxismo como ideología de Estado, resulta pertinente la invitación de Ludolfio Paramio<sup>70</sup> de construir un *posmarxismo*: un paradigma para la ciencia social que parta de

Marx, que asimile la lección de los cien años que han transcurrido desde su muerte y se consolide como uno de los principales paradigmas científicos a tra-

vés de los cuales se analice correctamente lo que sucede en el mundo contemporáneo, en el que se gestan las líneas de desarrollo para el nuevo milenio.

## Notas

- 1 Yuri Afanasiev, "Desde 1917, el comunismo fue un callejón sin salida", *Excelsior*, 18 de abril de 1990.
- 2 Luciano Pellicani, "Gli eredi legittimi di Marx", *Mondoperaio*, núm. 6, junio, 1983.
- 3 Louis Althusser, "Finalmente qualcosa di vitale si libera dalla crisi e nella crisi del marxismo", in AA.VV., *Poteri e opposizione nelle società post-rivoluzionarie*, Alfano, Roma, 1979, cit. en Pellicani, *op. cit.*, pág. 128.
- 4 Louis Althusser, *Quel che deve cambiare nel Partito Comunista*, Garzanti, Milano, 1978, pág. 109.
- 5 *Idem.*, págs. 113-114.
- 6 *Idem.*, pág. 121.
- 7 *Idem.*, pág. 118.
- 8 *Idem.*, pág. 119.
- 9 *Idem.*, pág. 125.
- 10 Luciano Pellicani, *op. cit.*, pág. 129.
- 11 Appendici edizione di *Che fare?*, da V. Strada, Einaudi, Torino, 1983.
- 12 K. Marx, "Manoscritti economico-filosofici del 1844", en *Opere complete*, vol. III, Editori Riuniti, Roma, 1974, pág. 324, cit. en Pellicani, pág. 130.
- 13 F. Engels, "Schelling e la Rivoluzione", en *Opere complete*, cit. vol. II, pág. 238.
- 14 K. Marx, e F. Engels "La sacra famiglia", en *Opere complete*, cit. vol. IV, pág. 38.
- 15 K. Marx, e F. Engels "Manifiesto del Partido Comunista", en *Opere complete*, cit. vol. VI, pág. 498.
- 16 K. Marx, e F. Engels "L'ideología tedesca", en *Opere complete*, vol. V, pág. 11.
- 17 K. Marx, *Il capitale*, Editori Riuniti, Roma, 1957, vol. III, pág. 242.
- 18 K. Marx, "Peuchet: del suicidio", en *Opere complete*, vol. IV, pág. 545.
- 19 K. Marx, "Carteggio", en *Opere complete*, cit. vol. XI, pág. 459.
- 20 Luciano Pellicani, *I rivoluzionari di professione*, Vallecchi, Firenze, 1975. Jean Ellestein, *Marx*, Fayard, Parigi, 1981, pág. 474.
- 21 M. Bakunin, *Stato e anarchia*, Feltrinelli, Milano, 1968, pág. 190.
- 22 K. Marx, e F. Engels *Contro l'anarchismo*, Rinascita, Roma, 1950, pág. 54.
- 23 L. Pellicani, "Gli eredi legittimi di Marx", *op. cit.*, pág. 131.
- 24 K. Marx, "Critica al Programa di Gotha", en *Opere scelte*, Editori Riuniti, Roma, 1969, pág. 971.
- 25 K. Marx, *La crisi e la controrivoluzione*, en *Opere complete*, cit. vol. III, pág. 445.
- 26 K. Marx, *Vittoria della controrivoluzione a Vienna*, en *Opere complete*, cit. vol. VII, págs. 519-520.
- 27 K. Marx, La soppressione per legge maeziale della "Neuc Reinische Zeitung", en *Il Quarantotto*, La nuova Italia, Firenze, 1970, pág. 280.
- 28 F. Engels, *Il Panslavismo democratico*, en *Opere complete*, cit. vol. VIII, pág. 380.
- 29 K. Marx, e F. Engels *Indirizzo al Comitato Centrale del marzo 1850*, en *Opere complete*, cit. vol. X, págs. 285-288.
- 30 F. Engels *Lineamenti di una critica dell'economia politica*, en *Opere complete*, cit. vol. III, pág. 473.
- 31 *Ibid.*
- 32 *Idem.* pág. 477.
- 33 *Ibid.*

- 34 K. Marx, *Miseria della filosofia*, en *Opere complete*, cit. vol. VII, pág. 111.
- 35 K. Marx, e F. Engels *Manifesto*, cit. pág. 505.
- 36 F. Engels, *Principi del comunismo*, en *Opere complete*, cit. vol. XXV, pág. 269 y pág. 285.
- 37 F. Engels, *Anti-Duhring*, en *Opere complete*, cit. vol. XXV pág. 269. y pág. 285.
- 38 K. Marx, e F. Engels *L'ideologia tedesca*, cit. pág. 31.
- 39 F. Engels, *L'origine della famiglia, delle proprietà privata y dello Stato*, Rinascita, Roma, 1950, pág. 100.
- 40 L. Pellicani, *op. cit.*, pág. 133.
- 41 P. J. Proudhon, *La capacità politica delle classi operaie*, Il Solco, Città de Castello, 1924, pág. 74.
- 42 M. Bakunin, cit. por Guerin, *Né Dio né padrone*, Jaca Book, Milano, 1977, pág. 192.
- 43 M. Bakunin, *Libertá, equaqlianza, rivoluzione*, Antistato, Milano, 1976, pág. 265.
- 44 M. Bakunin, *Stato e anarchia*, cit. pág. 193.
- 45 K. Marx, *La guerra civile in Francia*, en *Opere scelte*, cit. pág. 912.
- 46 *Idem.*, pág. 909.
- 47 K. Marx, *Lettere a Kugelmann*, Rinascita, Roma, 1950, pág. 127.
- 48 Y. Bourdet, *Per l'autogestiones*, Moizzi, Milano, 1976, e *Teoria politica dell'autogestione*, Edizione Operaie, Milano, 1977.
- 49 A. Lehning, *Marxismo e anarchismo nella Rivoluzione russa*, Antistato, Cesena, 1973, pág. 55.
- 50 F. Mehring, *Vita di Marx*, Editori Ruiniti, Roma, 1967, pág. 460.
- 51 K. Marx, *La nazionalizzazione della terra*, De Adam, Parma, 1969, pág. 43.
- 52 *Opere complete*, cit. vol. VI, pág. 57.
- 53 *Carteggio*, cit. vol. XL, pág. 166.
- 54 E. Topitsch, *Per una crítica del marxismo*, Bulzoni, Roma, 1978.
- 55 F. Engels, "Dell'autorità", en *Contro l'anarchismo*, cit. pág. 47.
- 56 A. Rosemberg, *Democrazia e socialismo*, De Donato, Bari, 1971, pág. 188.
- 57 G. Martinet, *Il socialismo oggi e domani*, Lerici, Cosenza, 1976, pág. 49.
- 58 L. Pellicani, "Da Marx a Stalin", *Mondoperaio*, núm. 10, octubre, 1984.
- 59 Vittorio Strada, "Da Marx a Stalin, da Stalin a Marx", *Mondoperaio*, núm. 6, junio, 1983.
- 60 Francois Feejto, "Un socialismo senza Marx", *Mondoperaio*, núm. 3, marzo 1985.
- 61 Wlodzimiers Brus, "Il socialismo e il mercato: da Marx a Stalin", *Mondoperario*, núm. 4, abril, 1985.
- 62 Ferenc Feher, e Angnes Heller, "Marx, il Gulag e il mercato", *Mondoperaio*, núm. 10, octubre, 1985.
- 63 L. Pellicani, "Economia planificata e totalitarismo", *Mondoperaio*, núm. 6, junio, 1986.
- 64 Wlodzimiers Brus, "La tercer via de Alec Nove", *Mondoperaio*, núm. 4, abril, 1986.
- 65 Ferenc Feher, e Agnes Heller, "¿Il socialismo ha ancora un futuro?", *Mondoperaio*, núm. 10, octubre, 1989.
- 66 L. Pellicani, "La fine di un mondo", *Mondoperaio*, núm. 2, febrero, 1990.
- 67 Ralf Dahendor, "El final del comunismo ¿y ahora qué?" *Die zeit*, núm. 1, publicado en "Europa oriental: al año de la crisis", *debats*, núm. 1, Valencia, España, 1990.
- 68 *Die zeit*, pub. en *Debats*, *op. cit.*
- 69 *Excelsior*, 17 de mayo de 1990.
- 70 Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio*, Siglo XXI, México, 1989